

Suráfrica

TEXTO: JAVIER VALENZUELA / FOTOGRAFÍA: IAN BERRY



En su segundo año de vida, la Suráfrica de Nelson Mandela afronta el reto de comenzar a mejorar de modo palpable las miserables condiciones de vida que sigue padeciendo la mayoría de la población negra. Para triunfar en su proyecto de construir la democrática y multirracial Nación del Arco Iris y convertirse en el motor político y económico de todo el continente, el principal capital humano de Suráfrica es la propia personalidad de su líder, Mandela, cuyas memorias acaban de ser publicadas en España. **La Nación del Arco Iris**



Africa recupera sus derechos sobre el centro de Durban. Al pie de la estatua de la reina Victoria, frente al edificio colonial del Ayuntamiento, se ha formado un amplio y denso anillo de ciudadanos negros. Como los demás paseantes blancos, esta joven pareja de piel lechosa, cabellos rubios y ojos claros mira el anillo con cierta suspicacia hasta que sus oscuros componentes rompen a reír. Qué alivio: no se trata de una de esas reuniones políticas que en esta región del Kwa-zulu-Natal pueden terminar a tiros. ¿Qué será entonces? La joven pareja de blancos se sube a un banco y mira al interior del círculo. Allí, un negro descalzo, con el torso desnudo y vestido con un deshilachado pantalón vaquero, da saltos, esgrime un garrote y

grita en lengua zulú. “¿Qué hace?”, pregunta en inglés la chica blanca a una dama negra. “Está contando historias”, responde la dama.

Quién le iba a decir a la reina Victoria que, un siglo y pico después del triunfo británico en la batalla de Ulundi, los nativos se reunirían al pie de su imperial estatua en Durban para escuchar, sin prisa ni temor, las historias de un narrador callejero. Y quién les iba a decir a los zulúes que, una hora antes de esa escena, miles de ellos, mezclados con blancos e indios, aplaudirían el desfile de un Ejército dirigido mayoritariamente por oficiales blancos. Y quién les iba a decir a blancos, negros e indios que ese desfile sería presidido por un ex presidiario negro llamado Nelson Mandela.



Suráfrica está cambiando a tal velocidad que cualquier comentario sobre el país es ya viejo en el momento de emitirlo. Tras tres siglos y medio de colonialismo europeo y 40 años de régimen de *apartheid*, los negros

ostentan el poder político como consecuencia de las elecciones de abril de 1994. Los blancos, en vez de largarse, colaboran con ellos. Unos y otros se mezclan en las escuelas, los bares y restaurantes, las fiestas popula-▷

Stephen Motingoa, del Congreso Nacional Africano (ANC), es el primer alcalde negro en la ciudad de Krugersdorp. Los retratos de sus predecesores parecen a su espalda. El Ejército de Suráfrica tiene todavía mayoría blanca, pero ahora, soldados negros y blancos hacen la instrucción juntos, como en las competiciones hípicas en Johannesburgo.





Las ferias y los parques de atracciones a los que acude la población negra de Suráfrica han sido invadidos por la estética blanca. En Johannesburgo, son los policías negros quienes protegen los lugares de ocio de la *high society* blanca. A la derecha, una audición de la Orquesta Sinfónica de Suráfrica en la Universidad de Soweto.



▷ res, las pantallas de la televisión, las tiendas, los espectáculos deportivos, las calles. Juntos afrontan el segundo año de construcción de ese proyecto democrático y multirracial que el arzobispo Desmond Tutu lla-

ma la Nación del Arco Iris. "Es un milagro", dice Mandela.

En Durban, al borde del océano Índico, África se aparea con Asia. La ciudad es húmeda y huele al *curry* de sus muchos hogares y comercios indios.

Hoy se desayunó con el desfile militar presidido por Mandela. Entregó el presidente a los oficiales de bisabuelos británicos u holandeses nuevas banderas, banderas con diseños, temas y colores africanos. Los oficiales las recogieron con la misma marcialidad profesional con la que escucharon el himno de la liberación negra, el *'Nkosi Sikelele i Afrika (Dios bendiga a África)*. Pero cuando terminaron de pasar tanques, helicópteros y aviones, la ciudad volvió a lo suyo: rugieron las sirenas de los barcos en el puerto; fueron desenfundados miles de teléfonos celulares; se abrieron las tiendas del Workshop y otros centros comerciales; florecieron por las aceras vendedores ambulantes de alimentos, zapatos, ropa y utensilios caseros; se rieron las gracias

del cuentista zulú, y una serpiente de adeptos de la secta Hare Krishna pasó delante del busto de Fernando Pessoa sin detenerse a mirar la inscripción: "Oh salty sea, how much of your salt are tears of Portugal".

Así transcurrió la jornada. Al caer la noche, jóvenes negros empezaron a rebuscar entre los cubos de basura recién sacados a la calle, y ancianos negros se acomodaron entre plásticos y cartones en las aceras del centro. En el vestíbulo del complejo teatral Playhouse se mezclaron las tres comunidades mayoritarias de Durban, para separarse luego —cuestión de gustos, no de *apartheid*— en dos colas: los blancos entrando en un espectáculo sobre Buddy Holly; los negros y los indios, en la última comedia musical de Mbongeni Ngema. ▷



Una imagen increíble hace sólo dos años. Un pacífico ciudadano negro comparte asiento en un banco con soldados blancos. El artífice de esta convivencia: el presidente Nelson Mandela (debajo).

▷ Cómo rio el público que vio *Mama!*, la comedia bilingüe —inglés y zulú— de Ngema. Contaba la historia de Bra Tony, el modelo imaginario del nuevo gánster negro de Soweto: zapatos y trajes italianos, pistola norteamericana, coche alemán y teléfono móvil japonés. Bra Tony igual organiza un atraco a un furgón blindado que vende drogas, consigue putas o falsifica permisos de residencia para inmigrantes ilegales de Mozambique. La policía —esos gordos agentes blancos especializados durante tantos años en la represión del movimiento antirracista— le deja hacer, siempre y cuando, claro, pague la comisión.

Unos días antes, a 580 kilómetros de Durban, en Soweto, Dudu había señalado una esquina: "Ahí empieza el área conoci-



da como Beirut". "¿Beirut?". "Sí, ahí puedes comprar toda clase de armas y municiones". Y en el interior de uno de los *shibin*, o bares ilegales del Beirut de Soweto, un muchacho había insistido para que Dudu y sus amigos adquirieran un AK 47 procedente de la guerrilla de Namibia. Podía servirlo en cinco minutos, al razonable

precio de 100 rands, unas 3.500 pesetas.

Soweto. Este lugar no tiene nombre —es la sigla en inglés de Suburbios del Suroeste— ni censo: quizá vivan aquí más de dos millones de personas. Soweto es una desolada eternidad de caminos de tierra rojiza flanqueados por casitas miserables y montañas de basura. La vida le viene de los niños que juegan al fútbol, los jóvenes desocupados que aguantan las paredes, las señoras que regatean con los vendedores de frutas, verduras y gallinas, las colas ante las destartaladas furgonetas que hacen de transporte público y los barberos con bata blanca que afeitan y cortan el pelo en plena calle. No se ve a un puñetero blanco. Ni a un solo policía.

Dudu, nacida y criada en So-

weto, hace de guía para sus amigos. "Ésa es la comisaría de policía de Orlando, desde donde se reprimía la lucha contra el apartheid (...). Aquello es un orfanato (...). Aquello una iglesia adventista (...). Aquélla, la de la esquina, es la casa actual de Winnie Mandela. Comparada con el resto, parece un palacio, ¿no? (...). Ésta de aquí es la vieja casa de Mandela, mucho más modesta. Cuando Mandela estuvo en prisión, aquí vivió Winnie con las dos niñas (...). Ésta es la casa de Desmond Tutu, que también luce lujosa...". Así va desgranándose la historia de Soweto, hasta llegar a la polvorienta colina en la que, protegido por un murillo de ladrillos, se encuentra la lápida de granito con su inscripción: "En memoria de Hector Peterson y los otros jóvenes héroes y heroínas que dieron sus vidas por la libertad, la paz y la democracia". Hay flores frescas al pie de la lápida.

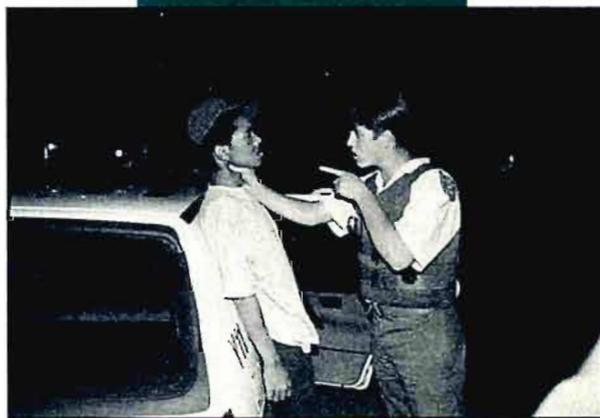
"Aquí", dice Dudu, "empezó todo. Fue el 16 de junio de ▷



En un antiguo convento católico de Johannesburgo, el pastor *afrikaner* Renus Pretorius da cobijo a 85 blancos pobres de solemnidad. Abajo, un policía llama la atención de forma violenta a un negro.

▷ 1976. Yo tenía 12 años y, como todos los niños de Soweto, reaccioné indignada a la introducción obligatoria en nuestras escuelas del *afrikaans*, la lengua de los colonos holandeses. Salimos de las aulas y nos concentramos en esta colina. Apareció la policía y comenzó a disparar. Corrimos. Yo cogí una piedra, no sé para qué, porque seguí corriendo. Mataron a Hector Peterson. Los niños de Soweto empezamos a odiar a los blancos, a todo lo que tenía relación con los blancos”.

Dudu tiene ahora 31 años, trabaja como secretaria en una empresa norteamericana de Johannesburgo y, a diferencia de los tiempos del *apartheid*, puede residir en la capital, no tiene por qué volver corriendo a Soweto al anochecer. Ya no odia a los blancos y cree que Mandela tie-



ne razón al pedir paciencia a los negros. Pero, desde lo alto de la colina donde mataron a Hector Peterson, Dudu mira el interminable paisaje de Soweto y dice: “Nada ha cambiado para esta gente”. “No digas eso, Dudu. Algo ha cambiado: ahora tienen libertad”. “Sí, pero no saben usarla”.

Suráfrica es un país grande,

hermoso y rico. Tiene oro, diamantes y otras riquezas minerales. Tiene paisajes de ensueño, como las cataratas Howick, los cañones del río Blyde o las formaciones rocosas del Valle de la Desolación. Tiene inmensos parques naturales con leones, elefantes, leopardos, rinocerontes, búfalos y avestruces. Tiene playas fantásticas, como las de la península del Cabo; ciudades en las que se alternan los edificios tradicionales holandeses, las construc-

ciones coloniales británicas y los rascacielos de cristal y acero, y aldeas de chozas en las que se sigue viviendo como en los tiempos del rey Shaka. Pero, sobre todo, Suráfrica es un fascinante mosaico humano: 30 millones de negros de varias naciones (zulúes, khosas, sutus y otros); 5 millones de blancos (1,8 millones de origen británico y 3,2 mi-

llones de origen holandés, los boers, o *afrikáners*); 3,5 millones de mestizos y 1 millón de indios. Más numerosos, judíos, musulmanes, portugueses y malayos.

Ahora todas esas comunidades viven en teórica igualdad de oportunidades. Política y culturalmente, el *apartheid* está muerto y enterrado. Pero, desde el punto de vista social y económico, Dudu tiene razón: los negros no han visto el cambio. La mitad carece de trabajo y dos tercios vive en condiciones miserables en materia de vivienda, educación, sanidad, agua potable, electricidad y transporte. Y ello contrasta sangrantemente con el nivel de vida confortable, moderno, ostentoso incluso, de la mayoría de los blancos. El Gobierno de Unidad Nacional de Mandela es muy consciente de ello. “Este segundo año de libertad”, dice Johann Nienaber, “vamos a empezar a resolver problemas concretos. Piense que el primero lo tuvimos que dedicar a transformar un *apa-*▷

Orgullo zulú

Son el pueblo del cielo, la nación de pastores y guerreros aglutinada a comienzos del siglo XIX por el rey Shaka. Son los zulúes, el único pueblo africano que aplastó con su valor y sus lanzas a un ejército colonial provisto de rifles y cañones: el británico, en la batalla de Isandhlwana, en 1879. Y se sienten orgullosos de ello, como también recuerdan con orgullo que la reina Victoria tuvo que enviar un segundo ejército, aún más numeroso y mejor armado, para derrotarlos, meses después de Isandhlwana, en la batalla de Ulundi. En la entrada de Ulundi, un sencillo monumento recuerda este hecho: "En memoria de los valientes guerreros que cayeron aquí en 1879 en defensa del viejo orden zulú". Los zulúes —entre siete y ocho millones de personas, la primera minoría de Suráfrica— nunca han aceptado la pérdida de su identidad nacional. La primera parte del viaje a Ulundi desde Durban es una sucesión de verdes

colinas. A los lados van quedando plantaciones de azúcar en suaves aldeas de chozas, mujeres que acarrear leña y jovencitos que pastorean vacas y cabras. Luego, unas montañas con coníferas dan paso a la zona del río Umfolozi Blanco. El paisaje se hace más árido hasta llegar a Ulundi. La capital zulú es deprimente, sin el romanticismo que ha imaginado el viajero: las casas son bajas, feas y pobres; la gente no viste al modo tradicional, sino con barata ropa europea. La principal atracción del lugar es un pequeño hotel Holiday Inn, cuyas mejores habitaciones, según reza un cartel, están reservadas al príncipe Mangosuthu Buthelezi. Buthelezi es el líder del Partido de la Libertad Inkhata (IFP), que defiende un Estado federal en Suráfrica en el que el Kuazulu-Natal vea reconocida su especificidad nacional zulú. En abril de 1994, Inkhata obtuvo el 50% de los votos en esta región, frente al 32% del ANC de Mandela. Buthelezi presiona al rey Goodwill Zwelithini para que se ponga al frente de las reivindicaciones zulúes. Y le amenaza con comenzar un proceso de destronamiento si no lo hace. A los zulúes se les partiría el corazón si tuvieran que escoger entre su líder político y su monarca tradicional. De momento, en lo que la mayoría está de acuerdo es en lo que dice el jefe Makhaya: "No somos como los demás; somos zulúes".



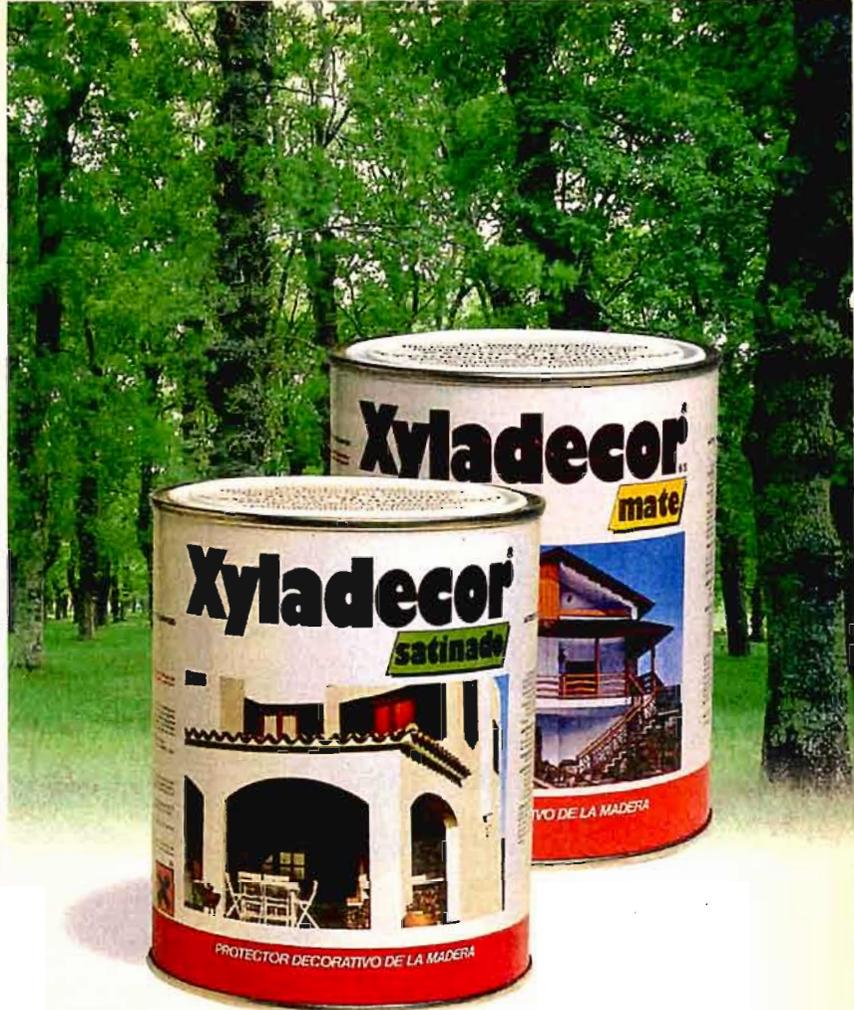
C. TREJO

▷ rato de Estado concebido para beneficio exclusivo de 5 millones de blancos en uno que atiende las necesidades de 40 millones de ciudadanos". Nienaber es blanco y trabaja en una oficina gubernamental de Pretoria bajo un retrato de Mandela.

En Soweto también hay clases. Los hogares de Winnie Mandela o Desmond Tutu son allí mansiones de lujo. La mayoría de las casas son de una planta y muros de ladrillo u hormigón sin recubrir, sencillamente tristes y pobres. Pero lo peor son los llamados hostales, los guetos dentro del gueto donde se amontonan los recién llegados. Como estos cuatro jóvenes sentados bajo la irónica pintada "Polla Park. New South Africa

95". Saludan en zulú: "Sawubona", y uno de ellos, Mike Mashlambi, acepta enseñar el hostal Mirrafi a Dudu y sus amigos.

Cuenta Mashlambi que viene del Kuazulu-Natal, que no ha encontrado trabajo y que no quiere regresar a su aldea habiendo fracasado en la gran ciudad. No, nunca ha desempeñado un oficio, aparte de pastorear las vacas del jefe de su aldea. Su cuarto son unos ocho metros cuadrados delimitados con cartones en un barracón de suelo y muros de cemento sin pintar y techo de uralita. En las paredes, un retrato de Buthelezi, el líder del partido zulú Inkhata, y muchas fotos de chicas blancas desnudas. Son las únicas propiedades de Mshla-▷



Protege tu madera. Protegerás el bosque

La madera protegida con XYLADECOR es el más duradero de los materiales. Y el más bello.

XYLADECOR protege, decora y es muy fácil de aplicar. Esa es la triple economía que sólo te brinda un líder.

Usa XYLADECOR. Tendrás tu hogar eternamente nuevo y evitarás la tala de nuevos árboles y la desaparición de los bosques.

Xyladecor®

xylazel, s.a.

PROTEGEMOS LAS COSAS QUE QUIERES



SERVICIO TÉCNICO
Barcelona (93) 223 18 66
Porriño: (986) 34 60 02

Contigüe gratis el **MANUAL DE LA MADERA** respondiendo a la pregunta. Está en la triple economía Xyladecor!

Para recibir gratis el Manual de la Madera envíe esta copia al Instituto de Ciencias del Madera (ICM) - 36200 Vigo

RESPUESTA: _____
NOMBRE: _____
APELLIDOS: _____
DIRECCIÓN: _____
POBLACIÓN: _____

▷ bi, aparte de algo de ropa usada. Hay una bombilla, pero la electricidad nunca funciona. No hay agua corriente. Así viven en el hostal Mirrafi unos 5.800 hombres en busca de empleo. Todos comparten una única y repulsiva letrina.

Por la autopista M-2 se pasa, sin la menor transición, desde la aridez y miseria de Soweto al horizonte de los rascacielos de Johannesburgo surgiendo de una densa arboleda. Y entonces te estalla una vez más la pregunta: ¿cómo podían dormir tranquilos los blancos de Suráfrica; es que no tenían alma, corazón, conciencia o algo parecido? La pregunta no encontrara una respuesta razonable; lo único cierto es que los blancos practican ahora la amnesia colectiva: el *apartheid* era horrible, pero ellos no tenían nada que ver con ese sistema. Dicen los blancos que la nueva Suráfrica les parece estupenda y añaden que lo único que les preocupa seriamente es la criminalidad. En la puerta de sus fortificados chalés de Johannesburgo se ve el siguiente cartel: "Respuesta armada a los intrusos". Y es que 16.000 personas fueron asesinadas en Suráfrica en 1994, 32.000 violadas y 157.000 atracadas en la calle o en sus casas. Y a 17.000 les robaron el coche a punta de pistola cuando estaban al volante. Es la cosecha de mucha pobreza contrastando con mucha riqueza y de muchas armas en manos particulares.

Nacida de la fiebre del oro de 1880, Johannesburgo vive una profunda mutación. Los blancos abandonan el centro a los negros—Hillbrow se ha convertido en una especie de Bronx—para atrincherarse en zonas periféricas de lujo, como Sandton o Randburg. Y ya no se camina por esta ciudad: siempre se circula en coche, a toda velocidad, con las puertas bloqueadas y, si es posible, en compañía. Pero si Johannesburgo puede presentar la cara más desagradable de la nueva Suráfrica, también es capaz de ofrecer la más amable. De día, la imagen de los chavales de todas las razas alborotando juntos y revuel-

tos a la salida de las escuelas año reservadas a los blancos. De noche, por ejemplo, una vedada en el bar La Copa —así, en español—, del barrio de Yeoville. En un ambiente de maderas pintadas en ocre y azul, camareras rubias atienden a jóvenes blancos, negros, mulatos e indios y hasta a parejas mixtas. Como ésta formada por un tipo con *look* Malcolm X y una pelirroja con cazadora de cuero. O, unas mesas más allá, la de Bertina Malebe, con un peinado de finas trencitas y un mono vaquero, y un blanco con aspecto de joven promesa del mundo de los negocios. Bertina besa en la boca a la joven promesa y luego dice: "Nuestros padres todavía se escandalizan si salimos con un chico o una chica de otra raza, pero qué quieres que te diga: que se vayan acostumbrando".

Son las 6.30 de la mañana. Empieza a clarear en Johannesburgo. Por los bordes de las autopistas desfilan columnas de negros que van a trabajar a pie a empresas dirigidas por blancos que todavía duermen en sus chalés. Y uno piensa que Suráfrica tiene tantas posibilidades de que el experimento funcione y el país se convierta en el motor político y económico de África como de que todo termine de mala manera. Bueno, no. Hay algo que inclina el fiel de la balanza en la dirección optimista. Mejor dicho, alguien: Mandela. Su legitimidad, sabiduría y buen humor son el principal capital humano de la Nación del Arco Iris.

La noche anterior, Mandela, vestido con una camisa tostada con motivos vegetales, estuvo en directo en un programa juvenil del primer canal de la televisión. Al terminar, se puso al frente del grupo de gruesas damas africanas que bailaban el *'Nkosi Sikelele i Africa*. Empezaron a caer los títulos de crédito y a Mandela se le sumó todo el público presente en el estudio: blancos, negros y asiáticos, hombres y mujeres. Mandela levantó suavemente el puño y su sonrisa de felicidad por la libertad y la tolerancia victoriosas iluminó toda Suráfrica. □

PARA EL MANTENIMIENTO DE LENTES DE CONTACTO BLANDAS.

Solución Unica de Bausch & Lomb

LIMPIA, ACLARA, DESINFECTA... Y AHORA TAMBIEN

CRECE

NUEVO ENVASE

ECONOMICO

500ml.



Recomendada por Bausch & Lomb, fabricante de las Lentes de Contacto que utilizan más personas en el mundo.